

talidad, que parecía burla, no desconcertó la probada paciencia de Colón; antes le sirvió de consuelo y le alentó en su esperanza con saber de Méndez, y aguardar, aunque regateado y tardío, algún remedio á sus indecibles desgracias. Pero Porras vino aún á herirlo más y más, pidiéndole vestidos, por haberse quedado casi desnudo, como indígena indio, y amenazándolo, si á su demanda no accedía, con tomar estos vestidos á mano y por violencia, para cubrirse las carnes desnudas con los despojos alcanzados en su increíble triunfo. Hubo necesidad imprescindible de rechazar la fuerza con la fuerza, y sangre de hermanos corrió en aquella demanda, concluída con la muerte de Porras, á quien desarmó y venció, en lid abierta con él y con los suyos, una compañía que Bartolomé Colón comandaba. Pero, entre tantas penalidades, aparecía lo más penoso, el abandono y desnudez en que lo dejaba el Gobernador de Santo Domingo, después de haber ido allí en persona del enviado con su jamón y su barril, cerciorándose del horrible martirio de Colón. Semejante tardanza en socorrer á Colón pone junto al nombre de Bobadilla el nombre de Ovando en el terrible anatema de la implacable Historia.

Por fin, gracias al heroico Méndez, el residuo de aquellos tripulantes, que habían emprendido la cuarta expedición exploradora, pudo salvarse y salir de Jamaica el 28 de Junio año 1504. Pero como si el mar quisiese retenerlo allí, empleó mes y medio en la misma travesía recorrida rápidamente por su amigo Méndez en mísera canoa. Nuevos dolores le aguardaban en aquella ciudad de Santo

Domingo por él comenzada y erigida. El gobernador Ovando soltó á los rebeldes que llevaba presos Colón y encausó los fieles que habían defendido el poder y autoridad de su Almirante. Así no fué mucho que Colón apresurara el regreso con apremio y abandonara sin dolor aquella colonia sin entrañas. Un mes justo después de su llegada zarpó Colón para Castilla. Á la vuelta le persiguió aún la tempestad, rompiendo la contramesana, é imponiéndole una triste navegación de cincuenta días á palo seco. Por fin el 7 de Noviembre atravesó la barra del río Guadalquivir y ancló en Sanlúcar de Barrameda. Iba muerto. La gota le había paralizado casi, como si quisiera vengar en su cuerpo la materia el fin de aquella inercia medioeval de donde la sacara y el movimiento que le imprimiera. Apenas podía trasladarse á la corte sino en andas como un cadáver. El Cabildo catedral sevillano le cedió las que habían servido para trasladar el cuerpo de su arzobispo Hurtado á la catedral desde Tendilla; pero imponiéndole la condición de volverlas sin detrimento y expidiendo con ellas un criado para que las atendiese y cuidase con esmero. Sin embargo, hasta Mayo del año siguiente de 1505, no pudo en marcha ponerse. Pero le aguardaba el último y más terrible golpe, la muerte de su protectora Isabel, de quien decía Pedro Mártir, viéndola en los transportes de su dulce agonía, que, después de haber llenado el mundo con su renombre, encontraba en el cielo su merecida bienaventuranza. Colón la lloró con amargas lágrimas y acompañó el paso de su alma desde esta vida triste á la otra eterna con piadosas oraciones.



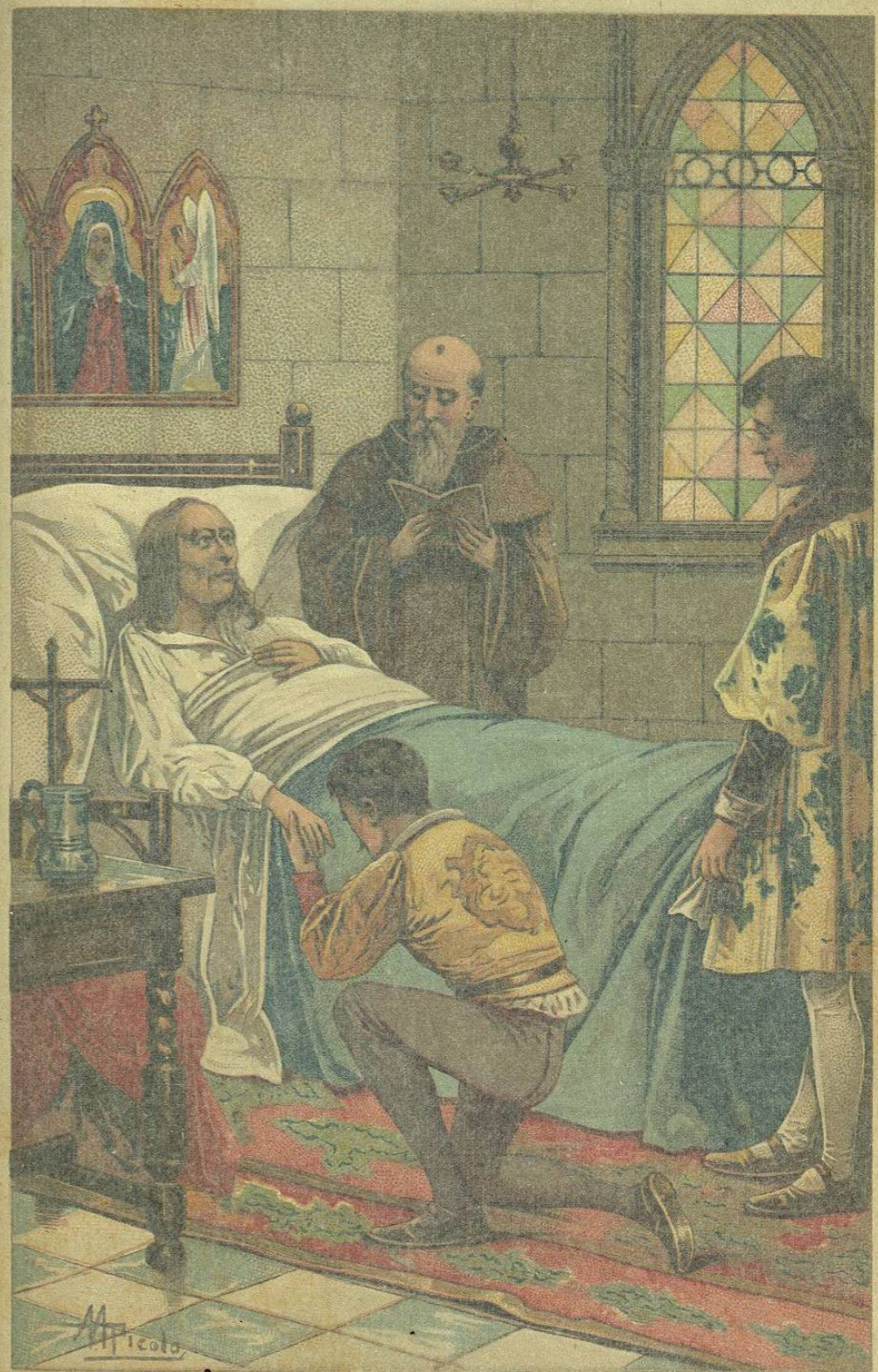
Mucho debía fiar en la Reina el Almirante, y mucho perdiera con su muerte; pero en aquellas pretensiones suyas, encaminadas á desprender de la diadema castellana un desgaje de su autoridad y poder únicos en pro de su persona y familia, jamás lo hubiera conseguido, ni aun viéndola Isabel, dispuesta siempre á escuchar el consejo de su esposo en todo cuanto le juzgaba de razón asistido y por el bien común de toda España inspirado. Ahora en el premio á lo ya hecho y en el aliento á lo por hacer, todavía Colón perdió su verdadero apoyo y tuvo en la muerte de la protectora el mayor entre tantos contratiempos como le asaltarán al término de su gloriosa existencia. Aunque preguntaba si la Reina lo mencionaba en el testamento, y decía llegarle de oídas una especie tan halagüeña como el empeño de ella repetido en las ansias y agonías últimas de que le devolviesen el gobierno de las Indias, nada hubo de todo esto; la Reina se acordó únicamente de los indígenas recién incorporados á su corona y mandó los tratasen sus agentes y gobernadores como Dios manda.

Las fatalidades irremediables de la complexión personal, llamada por otro nombre carácter, duran tanto como la vida, y Colón tuvo hasta sus últimos instantes las iluminaciones sobrehumanas de su genio creador y divino con las importunidades y pedigüeñerías de imperturbable pretendiente. Creía que, aun muerta la Reina, valdríale de algo su presencia en una corte tan cerrada y en un ánimo tan recatado como la corte y el ánimo de Fernando; pero erraba por completo. No pudiendo ir á Castilla en las parihuelas del Arzobispo, reclamó y obtu-

vo una excepción á su favor de la pragmática célebre, cuyos cánones condenaban á muerte la mula montada por varón, salvo los clérigos. Una cédula se expidió para otorgarle semejante clerical privilegio de cabalgar en mula. Sin embargo, no podía ponerse de modo alguno en camino, cuando á más andar el estío se entraba por aquella calurosa comarca é iba muy cerca de su fin el florido Mayo. Por fin llegó á la corte, que se hallaba en Segovia; habló con don Fernando, muy cortés, pero muy reservado. Y no hay que maravillarse, atendida su insistencia en pedir lo que jamás el Rey concedería, la declaración del virreinato de su hijo. Iba de Sevilla en requerimiento de Segovia, y de Segovia en requerimiento de Salamanca, y de Salamanca en requerimiento de Valladolid, insistiendo en su demanda siempre, y no logrando nunca la satisfacción prometida con múltiples indescifrables reservas. No pudiendo sacar cosa ninguna del rey Fernando, diputó su hermano Bartolomé á la Coruña, para que requiriese lo acordado en Santa Fe y lo debido por mil contratos solemnes de la reina D.<sup>a</sup> Juana la Loca y del rey D. Felipe el Hermoso. Buenos andaban entre sí los cónyuges con sus discordias, y buena gana tenía el joven monarca de atender á cosas tan graves, cuando le faltaba tiempo para holgarse con sus devaneos continuos y sus amoríos escandalosos. En cuanto al Rey Católico, la extensión que tras el cuarto viaje colombino había tomado á sus ojos las Indias, y el sinnúmero de riquezas que se iban entreviendo, empeñábase más y más en el pensamiento de impedir á una familia de súbditos pre-



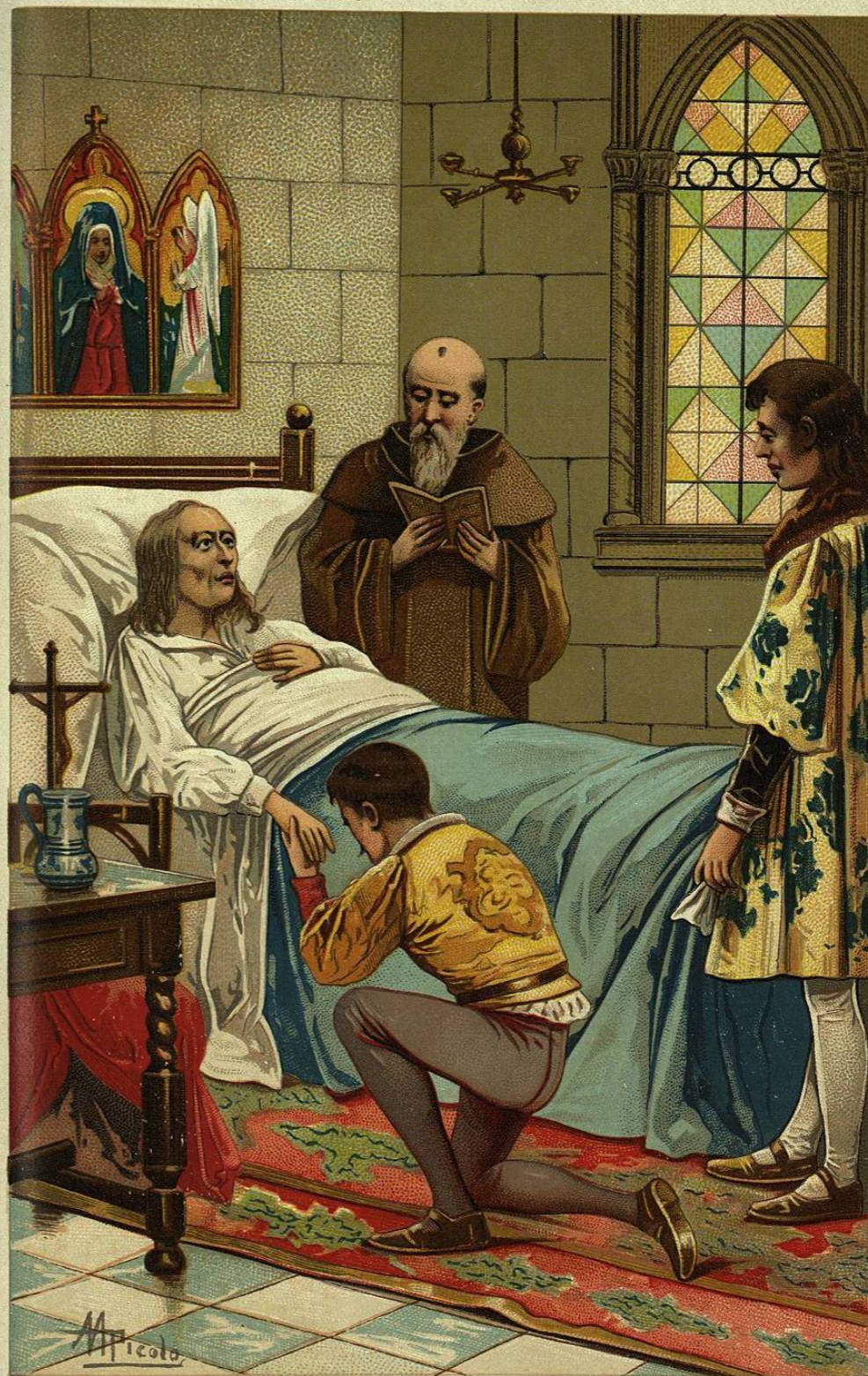
rrogativas y rentas connaturales á la complexión del Estado y propias de las familias que lo personifican y representan. Y en éstas, la vida se acababa por completo al Virrey, aunque no la esperanza, no, pues concedía cargos en la Española, bien que á héroes tan excepcionales como Méndez, cual si estuviera en plena posesión de su soberanía. Era el 20 de Mayo de 1506, un jueves en que la Iglesia celebraba festividad como la Ascensión del Redentor á los Cielos. Había dictado su voluntad última y recibido los Santos Sacramentos. Sus ojos se convirtieron á la Hostia con amor, y sus labios pronunciaron una de las palabras dichas por el Redentor en los instantes últimos de su postrimer agonía. Registrad los fastos de la gloria, y difícilmente podréis encontrar ninguno entre los inmortales capaz de decir: yo fuí mayor que tal hombre. Profeta, vidente, sabio, héroe, mártir, su culto se agrandará cada día más en el agradecimiento de la humanidad y en el cielo de la historia.



Lit Felipe G. Rojas Madrid.



rrogativas y rentas connaturales á la complexión del Estado y propias de las familias que lo personifican y representan. Y en éstas, la vida se acababa por completo al Virrey, aunque no la esperanza, no, pues concedía cargos en la Española, bien que á héroes tan excepcionales como Méndez, cual si estuviera en plena posesión de su soberanía. Era el 20 de Mayo de 1506, un jueves en que la Iglesia celebraba festividad como la Ascensión del Redentor á los Cielos. Había dictado su voluntad última y recibido los Santos Sacramentos. Sus ojos se convirtieron á la Hostia con amor, y sus labios pronunciaron una de las palabras dichas por el Redentor en los instantes últimos de su postrimer agonía. Registrad los fastos de la gloria, y difícilmente podréis encontrar ninguno entre los inmortales capaz de decir: yo fuí mayor que tal hombre. Profeta, vidente, sabio, héroe, mártir, su culto se agrandará cada día más en el agradecimiento de la humanidad y en el cielo de la historia.



Lit. Felipe G. Rojas, Madrid.